5197

El Guante de Doña Blanca.

Vega

COMEDIA FAMOSA.

EL GUANTE DE DOÑA BLANCA.

(DEL CÉLEBRE FREI LOPE DE VEGA CARPIO.)

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Juan de Mendoza.
Brito.
Doña Blanca.
Julia.
Nuño de Andrada.
Mendo, criado.
El rei Don Dionis.
Don Pedro de Ataide.
Doña Leonor.
Tofiño, escudero.

ACTO PRIMERO.

Sale Don Juan de Mendoza de camino y Brito.

Bri. Mas parabienes te doi
que tiene estrellas el cielo,
aunque del notable agravio
tengo justo sentimiento.
Dexásteme en Portugal,
cuando pudo mi deseo
ver á Castilla contigo.
Jua. Fuera mi mayor contento
llevarte en mi compañia;
pero de mi ausencia el miedo
fué causa que te dexase
en Lisboa, no sabiendo
que Nuño fuera à Aragon,
de quien tengo justos celos.
Bri. Luego que de aqui partiste,
á pedir al rei Don Pedro
su hija partió Don Nuño.
Jua. A mi fortuna agradezco
que no quedase en Lisboa;
que aunque, como sabes, tengo
favores de Doña Blanca,
ni en mi, ni en ella, ni en ellos
puedo ausente confiarme,
pena de loco ó de necio.
¿ Tuviste dicha de hablarla
alguna vez ?
Bri. Cuando quiero,
con la capa del donaire
todo el palacio penetro.
Seguro estás de su parte:

67751

ella te quiere en extremo,
y con el mismo aborrece
à Nuño.

Jua. ¡ Milagro nuevo !
Si le favorece el Rei,
que mira con tal desprecio
todas mis acciones, Brito,
pues ninguna cosa intento
en que acierte á darle gusto,
el título que pretendo
tengo ya por imposible.

Bri. Quien pretende (estáme atento)
tres cosas ha de tener.

Jua. Qué son ; que ya las espero.

Bri. Son diligencia, y paciencia,
y poco merecimiento.

Jua. Todas pienso que me faltan.

Bri. Hoi te dará por lo ménos
de las paces confirmadas
con Castilla el justo premio....
pero Doña Blanca pasa
de su cuarto al aposento
de la Infanta, ó se la hurtaron
mis ojos á tus deseos.
Llega ; ¿ de que estás turbado?

Jua. Del peregrino suceso,
que amor y temor el alma
entre fuego y yelo han puesto.

Bri. Pues pareces portugues
en lo tierno y lo discreto.

Jua. Lo discreto se me olvida,
y me acuerdo de lo tierno.

Bri. Llega, que ya pasan, llega.

Salen Doña Blanca y Julia.

Jua. Aqui, mi señora, un cuerpo,
que fué sin alma á Castilla,
y en un mes (siglos eternos)
vivió sin vida, que ausente
es lo mismo que estar muerto,
viene á Portugal por ella.

Bla. No quiero (si yo la tengo)
dárosla, que no es razon
que tengais lo que no es vuestro.
¿ Cómo venis ? *Jua.* Como fui.
¿Y vos cómo estais ?

Bla. No puedo
deciros como me he visto,
pues os lo dice que os veo.

Jua. Temo vuestra discrecion,
y vuestra hermosura temo,
que si aquella hablando mata,
esta callando me ha muerto.
¿Qué os preguntaré de mi ?

Bla. Que todos mis pensamientos
me llevasteis á Castilla.

Jua. De los mios os prometo
que allá no llevé ninguno,
que todos se me perdieron
al salir de Portugal.

Bla. Perdonadme, porque creo
que ya se viste la Infanta.

Jua. Me ha dado notables celos
el corazon de esa joya,
que está en fin en vuestro pecho.

Bla. Pues tomad el corazon,
Dale un corazon de diamantes.
porque sosegueis el vuestro. *Vase.*

Bri. Yo no vengo de Castilla,
señora Julia, ni quiero
corazon de oro. *Juli.* Ni yo
le quiero dar el que tengo. *Vase.*

Bri. Agora verás que ha sido
todo lo que dixe, cierto.

Jua. ¿Hablé bien? *Bri.* No, sino mal;
pues que llegaste mui necio,
diciendo à lo sacristan,
que venias por el cuerpo.

Jua. Por el alma dixe, Brito,

Bri. Cuerpo, señor, no es requiebro
para dama de palacio.

Jua. Poco logré mi contento.
Nuño dicen que ha venido,
y haz cuenta que sin remedio
desembarca en mi temor
toda una flota de celos.

Salen Nuño de Andrada, de camino, y Mendo.

Men. Don Juan vino de Castilla.

Nuñ. Ya tengo por mal agüero
ser, al entrar por palacio,
la primer cosa que veo.

Men. Háblale, que ya te ha visto.

Nuñ. Si él me ha visto cuando llego,
¿porqué no ha venido á hablarme?

Bri. Señor, ¿de qué estàs suspenso?
Nuño de Andrada te ha visto:

hàblale. *Jua.* ¿No eres mas necio?
Si él entra, y yo estoi aqui,
y no llegamos á un tiempo
à hablarnos, ¿no ves que ya
él fuera mas, y yo ménos?
Nuñ. ¿Qué hai, Mendo, de Da. Blanca?
Men. Mucho mal.
Nuñ. Mucho: no entiendo
como puede ser, estando
ausente D. Juan. *Men.* Yo pienso
que os ha de vencer á entrambos
un nuevo galan, por nuevo.
Nuñ. ¿Quién?
Men. Presumo que el Rei,
aunque no lo sé de cierto.
Nuñ. ¿Cuando me envia à Aragon,
á tratar su casamiento,
sirve el Rei à Doña Blanca?
Men. ¿Eso tienes por exceso?
¿No sabes sus bizarrias?
Verdad es que no lo tengo
por cierto.
Nuñ. El viene.

Salen el Rei, Don Pedro de Ataide, y acompañamiento.

Ped. Hoi tendrá
dos embaxadas á un tiempo
Vuestra Alteza.
Rei. Y son entrambas
todo el fin de mi deseo.

Llegan Don Juan y Don Nuño, cada uno por su parte.

Jua. Ya, Dionis invictísimo, confirma
el castellano Rei la paz contigo:
este el despacho fué, y esta su firma,
en fe de ser tu verdadero amigo.
Nuñ. Ya, generoso principe, se afirma
(como veràs por esta, y soi testigo)
el Rei Aragones en que tú seas
quien, entre tantos, à Isabel poseas.
Tu fama adora, tu valor prefiere
al Aguila Imperial, á la Lis de Oro,
vecino te anticipa, y yerno quiere.
Rei. De tan grande servicio el premio ignoro.
¿Es hermosa Isabel? *Nuñ.* Si no se infiere
de su fama, señor, piensa en el coro
angélico, y de alli forma una idea
que en todo igual à su hermosura sea.
Que despues de vencer con su belleza
cuanto la antigüedad único admira,
adorna su real naturaleza
tanta virtud, que á ser divina aspira.
Rei. ¡Pedro dexó por mi tantas grandezas,
que hasta del mismo imperio se retira!
Mui obligado estoi: veré estas cartas,
para que vistas, por mi esposa partas.
Con título de Conde iràs honrado,
amigo Nuño, cuando tiempo sea.
Ped. ¿Como à D. Juan, señor, no le has premiado,
si la paz con Castilla se desea?
Rei. Si es en esto su Rei interesado,
premie al embaxador cuando le vea:
yo, Nuño, á ti, que casamientos haces;
y á quien mejor le está, pague las paces.

Háganse fiestas, máscaras, torneos,
y arda en luces Lisboa, porque sea
notorio à tierra y mar, que en mis deseos,
lo que al César negó, Don Pedro emplea.
Donde juntan eternos himeneos
el Tajo y el Océano, se vea
otra nueva ciudad, y retratada
en lienzos de cristal la indiana armada.
¡O Nuño, quién pudiera hacerme el gusto
que recibo de ti, sino tu mano!
Poco premio te doi, pero mui justo,
por la bella Isabel, ángel humano:
ya ni el lirio frances, ni el cetro augusto
compiten con el orbe lusitano;
pues hoi, amor, á un lazo eterno inclinas
las barras de oro y las sagradas Quinas. *Vase.*

Jua. No sé como fué posible
reportarme en tanto agravio.
Bri. Siempre fué el silencio sabio,
y la paciencia invencible.
Jua. ¿Qué paciencia puede haber
donde no vale el valor?
Bri. Mira que te oyen, señor,
y hai quien se pueda ofender.
Jua. Porque me escuche lo digo,
Nuño, sin razon premiado.
Nuñ. El premio que el Rei me ha dado
y cuanto hiciere conmigo,
señor Don Juan de Mendoza,
es en Don Nuño de Andrada
merced tan bien empleada
por los títulos que goza
de su sangre y su valor,
no por lo que el Rei le da,
que ningun noble dirá
que en él lo estará mejor.
Y admírame que digais
que sin razon me ha premiado;
pues sin ella habeis mostrado,
que mas que el premio, envidiais
el haberlo merecido.
Jua. Yo, señor Nuño, pudiera
responderos, si aqui fuera
al respeto permitido:
pero no pudiendo ser,
solo digo que me agravio
de que el Rei prudente y sabio
tanto se pueda ofender
de mi fortuna, ó de mi,
que con servirle del modo
que veis, se canse de todo,
y todo lo pague asi.
¿Cuando efectos de mi pluma
ó de mi espada escuchó
con gusto, ó quizas que yo
de alguna de ellas presuma?
¿Cuando de cosa que hiciese,
Su Alteza gusto mostró?
¿Cuándo mi amor le sirvió
que premio alguno tuviese?
¿Cuándo aun de un solo donaire
bien dicho me hicieron dueño,
que no me oyese con ceño
y con torcido desaire?
¿Cuándo mereci tener
(como otros tienen) lugar,
cuando se humana á tratar
cosas de gusto y placer?
¿Cuàndo en guerra ó paz mi voto
fué importante ni discreto?
¿Cuàndo de ningun secreto
fué conmigo maniroto?
Pero si disculpa alguna
puede mi agravio tener,
su virtud no puede ser,
sino mi adversa fortuna.
Nuñ. A que Su Alteza no os dé
el merecido lugar,
no os tengo que replicar;
pero yo responderé

) que vos me obligais ,
go que salga de aqui.
Sea luego. *Nuñ.* Sea por mi.
Pues salid. *Nuñ.* Voi.
Sale el Rei.
¿Donde vais ?
Donde vos mandais , señor.
Ya conozco lo que ha sido ;
i no lo haber entendido ,
viera en vuestra color.
Señor....
Basta , con que os mando
e esto cese. *Jua.* Será asi.
Vos , Nuño , dexadme aqui
n D. Juan. *Bri.* Estoi temblando.
Vanse Nuño y Mendo.
Don Juan. *Jua.* Señor....
Yo he sabido
sin lo que ahora escuché)
s quexas de vuestra fe
lealtad contra mi olvido.
ndais por toda Lisboa
ontando vuestros agravios ,
osa que en los hombres sabios
ias causa ofensa que loa.
Decis que no os quiero bien ,
que en nada me agradais :
uestra fortuna culpais ,
mi mal gusto tambien.
Pero estais mui engañado ,
que por agradarme en todo
os trato de aqueste modo ;
que si os hubiera mostrado
amor en las ocasiones ,
fuera daros enemigos ,
cuidados , penas , testigos
de todas vuestras acciones.
Pero si es vuestra opinion
tan grave peso admitir ,
y os atreveis á sufrir
la envidia y murmuracion ,
desde hoi seremos amigos ;
pero despues no os quexeis ,
cuando cercado os halleis
de cuidados y enemigos.
Por eso dexo á mil buenos
de los no tales atras ;
porque á los que quiero mas ,
siempre favorezco ménos. *Vase.*
Jua. Suspenso quedo. *Bri.* ¿Porqué?
Pues yo parabien te doi ,
porque un reino desde hoi
sobre tus hombros se ve.
Jua. Necio , conciertan estrellas
el amor , la fuerza no ;
que nunca nadie llegó
á grande lugar sin ellas.
Si bien esto se concede ,
no quitando al alvedrio
aquel libre señorio
con que sujetarlas puede. *Vanse.*
Salen Doña Leonor y Doña Blanca.
Leon. Ofendes , Blanca , mi amor
en negarme la verdad.
Blan. Mal juzgas de mi amistad
con esa duda , Leonor.
Leon. ¿Qué desengaño mayor
que esconder tu entendimiento
del mio , tu pensamiento ?
Que á pensamiento escondido ,
el que despues le ha entendido ,
no debe agradecimiento.
Blan. ¿ Si yo quisiera á Don Juan ,
de quién mejor me fiara ,
pues mis celos escusara ,
sabiendo que es tu galan ?
Otros cuidados me dan
estas tristezas , Leonor.
Leon. Si yo sé que son de amor ,
¿ para qué me niegas quien
venció , Blanca , tu desden
y tu pasado rigor ?
Si yo te digo que adoro
á Don Juan , y que si sé
que le quieres , dexaré
la empresa por tu decoro ;
¿ qué causa , que yo la ignoro ,
á tal silencio te obliga ,
siendo tu mayor amiga ?
Blan. Porque preguntas celosa ,
cuando quieres que otra cosa
de lo que piensas , te diga.
Un relox , alguna vez
que el desconcierto le inquieta ,
suele apuntar la saeta
á la una , y dar las diez :

tú asi con esa altivez
de tus celosos desvelos,
haciendo los celos cielos
por saber lo que hai en mi,
apuntas buen celo aqui,
y darás despues mil celos.
Yo, Leonor, quiero, y no puedo
decir à quien quiero bien:
esto basta, y que tambien
me obligan respeto y miedo.
Tú, deshaciendo el enredo
de tus celos mal pensados,
sigue tus bien empleados
pensamientos sin desvelos,
y de quien no te da celos,
no quieras saber cuidados.

Leon. Oye. *Blan.* Qué.

Leon. Doime á entender
que quieres al Rei. *Bla.* Pues di,
¿no es obligacion en mi?
¿Qué cosa puedo yo hacer
tan justa, como querer
al Rei. *Leo.* Pues sigue tu intento,
que el tratado casamiento
aun no tiene execucion,
que si él te tiene aficion,
no es vano tu pensamiento.
Muchas veces ha mezclado
en Castilla y Portugal
la vasalla y la real
sangre, la razon de estado,
ó el amor, y yo he pensado
(aunque es tu silencio injusto)
que no te mira sin gusto.

Blan. Nunca yo pude obligar
mi pensamiento á pensar
en lo que no fuese justo.
Verdad es que el pensamiento
de una muger principal
debe, aunque sea desigual,
aspirar á casamiento:
pero nada de esto intento;
porque quien los rayos mira
del sol, y á su luz aspira,
en su dorada grandeza
exâmina su flaqueza,
y su presuncion retira.
No quiero yo persuadirme
á ser tan loca, Leonor,
que pueda en su resplandor
beber luces, y arder firme:
su esposa en su sol se afirme.

Leon. Bien pudiera tu belleza
y gracia.... *Blan.* Con mas llan
Leonor, hablemos las dos.

Leon. ¡Ai Blanca! Guárdete Dios
para que te llame Alteza.

Salen el Rei y Don Juan.

Rei. Recoged esos papeles,
y despacharé las cartas,
pues que ya somos amigos:
y no os parezca la entrada
de mi servicio difícil,
que aunque es á los hombros car
pienso que os será ligera,
si el premio ayuda á llevarla.

Jua. Señor, mi lealtad y fe
os darán presto fianzas
(aunque vos por bizarria
me admitis à vuestra gracia)
de las obras; y el deseo
con que á servíros me llama,
mas es amor, que el imperio. *V*

Rei. ¿Leonor? *Leon.* Señor.

Rei. ¿Aqui estabas?

Leon. Mirábamos desde aqui
estos jardines yo y Blanca,
donde son las flores peces,
los cuadros ondas saladas,
los árboles son navios,
cuyas maromas y jarcias,
sin ver jamas primavera,
parecen brazos y ramas.
Fuése, y dexome estar sola,
que la música y el agua
aumentan la pena al triste.

Rei. Pienso que no tiene dama
como Blanca, Portugal.
Dime, Leonor: ¿no te agrada
su entendimiento.

Leon. De suerte
es su hermosura, que iguala
las Elenas y Lucrecias,
unas libres, y otras castas.
Su talle, brio y aseo
son el alma de sus galas,

como en otras mugeres,
son las galas el alma:
alabo tu discrecion.
¿Cómo?
Que si me agrada
entendimiento, preguntas,
ido su hermosura tanta;
que como esta se ve,
quel se trata, no hablas
lo que se ve à los ojos
no de cosa tan clara.
ni me dixo, despues
persuadida y rogada,
era la luz de sus ojos
estra Alteza.
Tú me engañas,
saber mi pensamiento.
No se logre mi esperanza,
e miento en lo que digo.
Puesto que los reyes andan
vestidos de lisonjas
de la púrpura sacra,
ero pagarte, Leonor,
que pienso que me engañas,
dos premios la mentira
que alientas mi esperanza.
el primero, fiarte
pensamiento, que estaba
lto en lo mas secreto
los retiros del alma.
u eleccion queda el otro,
si tengo dadas fianzas
de quien soi, á todo el mundo,
para cumplir mi palabra.

Leon. Bizarro Dionis (que quiero
como en el vulgo te llaman
obligar tu gentileza),
yo amo tambien, si amas;
yo quiero tambien, si quieres;
yo aguardo tambien, si aguardas.
No hai oro en Tibar, no hai perlas
en el Sur, no hai esmeraldas
en Persia, en Ceilan rubies,
ni diamantes en Arabia,
que estime amor, sino solo
gozar la persona amada.
No puedo con mas favor
salir, señor de tu casa,
que casada con Don Juan
de Mendoza.

Rei. Leonor, basta:
á mi me importa celoso,
que como pretendes salgas.
Vete, que yo le hablaré.

Leon. El cielo te haga señor
del imperio del Oriente,
y en el mar de Trapobana
carguen tus naves tributos
conducidos à sus playas
de elefantes de Etiopia,
à donde lleguen tus armas.

Vase.

Sale Don Juan.

Juan. Reconocido, gran señor, el moro,
que vino à verte á Ceuta, cuando hiciste
el Africa temblar, cuyo tesoro
por feudo humilde de tus pies pusiste,
donde la fama ya las alas de oro
de varias plumas inmortales viste,
haciendo libre al discurrir el orbe,
que ni monte ni mar su vuelo estorbe;
diez caballos alarabes te envia,
que el mismo carro de Faeton respete,
cuyos jaeces le labró Buxia,
y frenos y acicates Tafilete;
por el codon, que no hai en Berberia,
encintan perlas, crines y copetes,
y al modo de ginetes andaluces,
plumas de Oran los vuelven avestruces.

No queda alfombra de los montes claros,
ni cuero de Azamor de ámbar teñido,
ni adarga de ante á prueba de reparos,
que en sus marruecos la sepulte olvido:
y como á España se conducen raros,
dos leones tan fieros han traido,
que aunque en imágen los contempla y mira,
parece que el del cielo se retira.

Rei. Erró, Don Juan, en enviar el moro
por novedad à Portugal leones,
que aqui todos lo son, y cada poro
mas fieras que sus bárbaras regiones:
envieme diamantes, plata y oro,
que viven por acá tantos Sansones,
tantos valientes Hércules altivos,
que se sabràn comer á leones vivos.
Tengo que hablaros (no hai lugar ahora,
Mendoza) en cosa que me importa, cuanto
á vos satisfacer quien os adora,
que por ella empeñé crédito tanto.

Juan. Cuanto mas vuestra hechura se mejora,
y yo de mi baxeza me adelanto,
tanto, señor, valdré para serviros.

Rei. Venid despues, que tengo que deciros. *Vanse.*

Salen Brito y Doña Blanca.

Bri. Despues que endiosado vive,
no hai quien alcanzarle pueda.

Bla. No està tan alta la rueda,
que mas que de burlas prive.

Bri. Principio quieren las cosas:
por lo ménos no te pesa.

Bla. Quien quererle bien confiesa,
con prendas tan amorosas,
¿cómo no se ha de alegrar?

Bri. ¡Oh, cuánto el secreto importa!

Bla. ¡Qué mal amor se reporta
en el placer y pesar!
Que si el Rei viene à saber
que nos tenemos amor,
ni hai disculpa á su rigor,
ni defensa á su poder.
Pero ¿cómo entraste aqui?

Bri. Una dueña me parió,
que esta licencia me dió,
de quien (como ves) naci
parlero y entremetido.

Bla. ¿Qué hace en esta ocasion
tu dueño? *Bri.* Tu corazon
le tiene desvanecido:
todo es versos y sonetos.

Bla. No enseñe ninguno al Re

Bri. Secreto es la primer lei
de los amantes discretos.
Por pagarte el corazon
una joya quiere hacer,
pero no acierta á poner
al intento execucion.
Yo le digo que pues es
corazon prenda de amantes
haga un alma de diamantes
que ofrezca, Blanca, á tus
Que todos los tres lugares
á donde las almas van,
en ti los tendrà Don Juan,
cuando en el mote repares.
El Purgatorio en desvelos
de sus deseos y antojos,
el Cielo en tus bellos ojos
como el Infierno en tus cel

Bla. Mejor le dixeras, Brito,
que escusando los diamant
(porque en llanezas de am

es el interes delito)
me diera el alma sin ellos;
porque en el cielo de amor
entran las almas mejor
sin diamantes, que con ellos.
i. Pensé que me preguntaras,
que cómo no te escribia,
y un papel que te traia
guardé, porque en él me hablaras;
pero pues no mereció
tu cuidado en esta parte,
quiero los conceptos darte
que en él Don Juan te escribiò.
a. Erraste en la dilacion:
muestra. *Bri.* Lee.

Dale un papel.

a. Ya no puedo,
que viene Leonor. *Bri.* Esconde
el papel. *Bla.* Mátame à celos.

Sale Doña Leonor.

on. Si estabas con el Mercurio
de Don Juan, qué sentimiento,
Blanca, habias de tener
del alboroto que han hecho
los leones africanos
que envia el rei de Marruecos
al invencible Dionis.
la. Con el buen entendimiento
de Brito me entretenia.
eo. Las infantas van á verlos;
ven, que no serà razon
que en tal fiesta te echen ménos.
la. Aun el descansar contigo,
Brito, de mis pensamientos,
esta enemiga me quita:
vamos, Leonor. *Leo.* Di á tu dueño,
embaxador de mentiras,
que aqui te hallaron mis celos.
la. Brito, no le digas nada,
que te mataré. *Vanse.*
ri. Parezco
á aquel sabio que tenia
dos mugeres por lo ménos,
que la una le queria
quitar los blancos cabellos,
y la otra mas celosa
le repelaba los negros,
con que vino á quedar calvo.

Sale Tofiño, escudero.

Tofi. ¡Yo leones! Ni aun por sueños:
váyase sola mi ama;
sea su galan bracero,
que no quiero acompañarla
por cuanto vale este reino.
Bri. ¿Qué es esto, señor Tofiño?
Tofi. ¡O Brito! Perdido vengo
de miedo de los leones,
que aun cuando en las salas veo
los que están en los tapices,
me voi apartando de ellos.
¿Leones? ¿Soi yo profeta?
Bri. No son tan bravos ni fieros,
que yo en un anfiteatro
vi un leon, que andaba huyendo
de un toro español. *Tofi.* Seria
la causa ver por momentos
gente, porque hace el trato
humilde lo mas soberbio.
Bri. Bien dices, que una doncella
mas hosca que un toro nuevo,
á pocos dias casada
habla, escucha, y pierde el miedo.
Tofi. ¿Por ventura ese leon
estaba, Brito, á ese tiempo
con la cuartana? Mas dime:
¿no te admira un moro necio
que anda entre ellos con un palo,
y que le obedecen ellos?
Mira, Brito, no me espanto
que haya en el mundo arrieros,
barrenderos, coge-trapos,
ni zapateros de viejo,
ganapanes, aguadores,
cura-potras, busca-yernos,
ni que haya mugeres que echen
melecinas por dinero:
pero leoneros, es cosa
que pierdo el entendimiento.
¡Dar de azotes á un leon,
y decir, pasa aqui, perro!
Por la mula de Bethlem,
que son locos ó hechiceros.
Bri. ¿Eso te espanta, si hai
quien dome potros, y aquellos
que danzan en las maromas,
que son peligros mas ciertos?

¿Qué mas necedad que andar
toda la vida esgrimiendo,
teniendo solos dos ojos?
¿O qué peligro mas cierto,
que andar con una casada
de amores por largo tiempo,
si el marido y la muger
no van horros en el juego?

Dan voces dentro.

Pero ¿qué voces son estas?
Tofi. Soltado se han: yo soi muerto.
Bri. Qué, no es nada. *Tofi.* ¿Cómo no,
si todos los caballeros
van á defender las damas?
Bri. Estaos quedo.
Tofi ¡Cómo quedo!
Soi floxo de orina, Brito.
Bri. ¿Portugues, y decis eso?
Implica contradicion.
Tofi. No implica sino griguiescos.
Bri. ¡Qué hombre para la guerra
de Africa! No tengas miedo,
que yo estoi aqui temblando.
Tofi. Sin que jureis os lo creo.

Sale Don Juan con la capa á un lado, y la mano en el puño de la espada.

Jua. Sola de mi valor será esta empresa.
Bri. ¿Don Juan descolorido y dando voces?
¿Donde, señor? *Jua.* Que sean dos me pesa:
abre la puerta, ó romperela á coces.

Sale Don Nuño por la otra parte de la misma suerte.

Nuñ. Esto ha de hacer quien mi valor profesa.
Abre: Don Nuño soi: ¿no me conoces?
Abre, leonero, presto. *Jua.* Abre, leonero:
primero vine, y he de entrar primero.
Nuñ. Despues que yo los haya muerto, y lleve,
señor Don Juan, el guante á Doña Blanca,
entrar podreis mejor, si amor os mueve.
Tofi. ¡Notable necedad! *Bri.* La puerta arranca.
Jua. ¿Quién es aquel que á mi valor se atreve,
porque no solo con la espada blanca,
mas con la vaina que la cubre...? *Nuñ.* Quedo,
que os mataré, Don Juan, con solo el miedo.
Jua. Dándome el que teneis, será bastante.
Dexad que corte yo sus fieros cuellos,
ó en vos, Don Nuño, si os poneis delante
ensayaré lo que he de hacer en ellos.
Nuñ. Yo he de llevar à Doña Blanca el guante,
y hacer el timbre de mis armas de ellos,
si fuera todo el Portugal leoneras,
y en ellas toda el Africa de fieras.
Jua. Ya no será, Don Nuño, valentia;
pues solo de temor de mis razones,
llegando á conocer que yo queria
entrar, ya estaràn muertos los leones.
Pero si no lo están (que ser podria)
alabo sus valientes corazones;
aunque será mas cierto, que el leonero
no les ha dicho que matarlos quiero.
Nuñ. D. Juan, yo soi Andrada. *Jua.* Y yo, D. Nuño,
soi Don Juan de Mendoza. *Nuñ.* La que ciño,

en sangre alarbe de la punta al puño
publica todo el Africa que tiño.

Jua. Agora os lo dirá la que yo empuño:
que es Marte mi valor, si amor es niño.

Nuñ. Si habeis de huir, no prevengais reparos.

Jua. Leon os fingiré para mataros.

sacar las espadas, salen el Rei y D. Pedro de Ataide.

i. Envidio tanto valor,
y de manera me mueve,
caballeros, esta empresa,
que dexaria (si posible
fuese, que no lo es)
el ser de Rei, por verme
capaz de intentar la gloria
de tan heróicos laureles.
Yo os pusiera, caballeros,
en paz, si pudiera hacerme
gual de vuestra fortuna.

d. Vuestra Alteza se sosiegue,
que el ànimo belicoso
no es menester que le muestre,
siendo ya tan conocido
en iguales accidentes:
pues sabe que contradicen
divinas y humanas leyes
que se aventure la vida
de quien todo un reino pende.

i. Derriba mi sufrimiento
el corazon impaciente,
apartando à la razon.

d. ¿Si ya Vuestra Alteza tiene
muerto en Africa un leon
à lanzadas, qué pretende?

i. Sacar quisiera este guante,
para que de mí dixesen
las historias esta hazaña:
que los castellanos suelen
alabar de un caballero
que (como aqui nos sucede)
sacó un guante, que su dama
dexó cautelosamente
caer entre dos leones,
por probarle. *Ped.* No conviene,
señor, imitar su hazaña,
que este fidalgo valiente
le dió un bofeton despues,
y mi hija no merece
que mano alguna en el mundo
mi honor y su rostro afrente;
porque de su honestidad
ninguno presumir puede
que con cautela dexase
caer el guante: y si quiere,
invictísimo señor,
Vuestra Alteza que yo entre,
no me estorbarán las canas
que los filos ensangriente
en las africanas fieras,
para que despues le diese,
no bofeton, sino abrazos
por la ocasion que me ofrece
de hacer tan famosa hazaña.

Jua. Señor, aunque justamente
acometer esta empresa
tan grán caballero puede,
yo haré que la substituya
en mi edad, si me concede
Vuestra Alteza este favor.

Nuñ. Cualquiera de los presentes,
invicto Dionis, podrá
serviros; mas si prefiera
Vuestra Alteza mi deseo,
que lo que merece emprende,
yo pondré el guante en sus manos.

Rei. Generosos portugueses,
todos lo sois, y yo soi
el rei de nacion tan fuerte:
pero pues no se permite
este peligro á los reyes,
ninguno quiero que pueda
hacer lo que yo no hiciere.
Si el mundo llama al leon
rei de las fieras silvestres,
de rei à rei fuera justo
ver quien se rinde, ó quien vence.

Bri. Escuchad, Dionis heróico,
de Brito un arbitrio breve
para sacar este guante.

Rei. Di, veamos. *Bri.* Que se encierren

los leones, y yo solo
sin voces, armas, ni gente,
pondré el guante en vuestras manos.
Rei. ¡Notable hazaña prometes!
Tu consejo es el mejor,
mas solo quiero que llegue
el leonero, y me le traiga.
Vanse, quedando D. Juan y Brito.
Jua. Triste estoi.
Bri. ¿Que te parece
del arbitrio que le di?
Jua. Tus disparates me ofenden,
y mis desdichas me cansan.
Bri. Alaba, señor, tu suerte,
que si entraras....
Sale Doña Blanca en lo alto.
Bla. Ah Don Juan.
Jua. ¿Sois vos, señora?
Bla. Suceden
unas desdichas á otras.
Al leer secretamente
vuestro papel, Leonor vino,
y yo, porque no le viese,
metíle dentro del guante,
que con alborozo alegre
me quité para romper
la nema (¡ai triste!): de suerte,
que si no puede cobrarse
ántes que á las manos llegue
del Rei, los dos nos perdimos. *Vas.*
Jua. Aguarda, señora.
Bri. Fuese.
Jua. ¿Qué haré?
Bri. Saber si le han dado
al Rei.
Jua. Si mi amor entiende,
haz cuenta, Brito, que á Blanca
Don Juan de Mendoza pierde.
Y si la pierdo, el remedio
será que á la muerte apele;
mas son tantas mis desdichas,
que aun no me querrá la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Salen Doña Blanca y Doña Leonor.
Leo. ¿De qué, Blanca, estàs corri
Blan. ¿No me tengo de correr?
Leon. ¿Cuándo se corrió muger
por celebrada y querida?
Blan. ¿Pues no lo tengo de estar
de causar tanto alboroto
en la corte? *Leon.* De mi voto
no pudiste imaginar
mas invencion, para hacer
prueba de uno y otro amante,
sino fué acaso que el guante
te se pudiese caer.
Que te ha de dar esta hazaña
mayor fama en Portugal,
que á quien del indio oriental
traxo el primer oro á España.
Bla. ¿Tu malicia no repara
en que era necia invencion,
que à quien tuviese aficion,
honra y vida aventurara?
Honra en no baxar por él;
vida, pues morir pudiera,
cosa que á mis ojos fuera
espectàculo cruel.
Leo. Ya dieron al Rei el guante,
y entrara por él Su Alteza,
à ser ménos la nobleza
que se le puso delante.
Mira si debes amor
al Rei. *Bla.* No hiciera por mi
lo que dices, porque alli
habló su invicro valor.
Que es tanta su bizarria
y gallarda presuncion,
que aun no quiere que un leon
compita su valentia.
De quien hace tal concepto,
que en su casa no tuviera
rei que con él compitiera,
á no tenerle sujeto.
Leo. Ha mandado celebrar
el guante. *Bla.* ¿Cómo?
Leo. Escribiendo

ersos, y aun él mismo, entiendo;
tú los has de juzgar.
. ¿Yo, Leonor?
. Porque presuma
uien no la vió celebrada
or victoria de la espada,
ue lo ha de ser de la pluma.
tú, que la causa diste
uando el guante caer dexaste,
i la espada no premiaste,
aurel de la pluma fuiste.
Por eso el gusto restaura
ue finges, Blanca, perder;
loriosa de que has de ser
tra celebrada Laura.
Que con esto no hai persona
lta ni humilde en palacio,
in tomar en breve espacio
postas al monte Helicona.
Van tambien cargadas naves,
que al llegar Febo al ocaso,
urgiràn en el Parnaso;
que es, Blanca, si no lo sabes,
el rei Dionis el primero
que en España en lengua propia
hizo versos, cuya copia
mostrarte esta noche quiero.
Mira tú si es justa lei
que premies al inventor
de los versos? *Bla.* Yo, Leonor,
desde aqui le doi al Rei.

Salen el Rei y Don Juan.

i. Esto responded, Don Juan,
al de Castilla. *Bla.* El Rei viene.

Vase Don Juan.

o. ¡Gallarda presencia tiene!
a. Qué bizarro y qué galan
que me le pintan tus celos,
y no es menester, Leonor,
porque yo le tengo amor.
eo. Guarden tu vida los cielos.
i. Discreta Leonor, ¿qué hacias
con Blanca? *Leo.* Hablaba de ti.
ei. ¿De mi? *Leo.* Si señor. *Rei.* De mi,
¿en qué materia podias?
eo. Pues Vuestra Alteza ha venido,
de Blanca se informará,
y agradecerme podrá,
que buena tercera he sido:
que yo, que de mas estoi,
y he visto su pensamiento,
por cumplir el mandamiento
de *No estorbarás*, me voi. *Vase.*
Rei. Huelgo que hayamos quedado
solos. *Bla.* ¿Puedo á Vuestra Alteza
servir en algo? *Rei.* Belleza
cruel el cielo te ha dado:
no vengo contigo airado,
sino con mi mala estrella;
pues que reinando por ella,
no reino en tu voluntad,
asi amor la magestad
con pie divino atropella,
Dieronme, Blanca, tu guante,
y quiso mi loco amor
que le perdiese el temor,
y le calzase arrogante:
mas por donde algun diamante
rompió el telliz celestial
de tu azucena real,
no sé qué blanco miré,
y en la vaina reparé
de tu espada de cristal.
¿Quién se asoma (dixe) aqui,
donde su dueño no està?
Y parecióme que allá
me respondieron asi:
Ténganse á Blanca; y en mí
fué novedad que prevenga
justicia al Rei, vaya ó venga,
pues suele ser justa lei
el decir ténganse al Rei,
pero no que el Rei se tenga.
Finalmente, quise ver
quien substituyó tirano
cinco rayos de tu mano
contra mi real poder:
y cual la suele poner
el que la perdiz buscaba
en el nido que criaba,
sobre algun áspid cruel,
mordióme el alma un papel
que dentro del guante estaba.
Bien pienso que pudo ser
ver, el que el guante traia
el papel, mas no osaria

ver lo que un rei ha de ver;
ni el papel quiso al caer,
el guante apartando, verse,
ni en el aire suspenderse;
que lo que ha de dar pesar,
siempre se suele guardar
del peligro de perderse.
Saquéle, en fin, y leido
con temor apresurado,
mas me mató declarado,
que me mataba escondido:
asi está descolorido
el que lee algun papel
de desafio cruel,
las venas alborotadas,
que le parecen espadas
cuantas letras hai en él.
Dime, Blanca, quien ha sido
quien te escribió estas razones.

Bla. Saliendo á ver los leones
la infanta, un page atrevido
me le dió, bien prevenido
para el engaño, diciendo
que era de mi prima, y viendo
la letra apénas, señor,
vino à llamarme Leonor
con su acostumbrado estruendo.
Yo, porque no me culpara
de lo que estaba ignorante,
hice escritorio del guante;
porque hablando verdad clara,
él quise que le guardara
para volverle á leer,
que esto de ver y saber,
y mas si se mira amada,
aunque no le importe nada,
es condicion de muger.
Y con esto Vuestra Alteza
me dé licencia, señor,
que son vergüenza y temor,
efectos de su grandeza.

Rei. Cuando toma la belleza
el imperio, no hai poder
que se le pueda oponer.
Véte, Blanca; pero mira

Vase Doña Blanca.

que no hai tan diestra mentira,
que no se venga à saber.

Sale Don Juan.

Jua. Mal me va de pensamiento:
¿tanto tiempo el Rei con Blanc

Rei. ¿Es Mendoza? *Jua.* Si señor.
que para daros aguarda
memoriales y consultas.

Rei. De esos cuidados descansa
tal vez el entendimiento,
(que no son bronces los almas)
con divertir la memoria,
porque no por otra causa
tocaba Alexandro lira
cuando dexaba las armas.
Y fuera de esto, Don Juan,
el amistad no se paga
con dar trabajos á quien
el amigo quiere y ama.
No os quiero tan fatigado,
pues Castilla no embaraza
con guerra nuestro Consejo,
y Aragon despacio trata
la venida de Isabel:
el Africa feudataria
reconoce el señorio:
la India las naves carga
de oro y blancas margaritas,
dos hijos del Sol y el Alba.
Y asi en el ocio presente
quiero que sepais que alcanza
la jurisdiccion de amor
à los mayores monarcas.
Esto es mas que los negocios
que mi gobierno os encarga,
pues descubrir los defectos
es la sujecion mas llana.
En fin, Don Juan de Mendoza,
yo quiero bien á una dama,
y le escribo este papel;
y porque no es bien que vaya
de mi letra, el trasladarle
tengo por cosa acertada,
porque papeles han dado
à quien su descuido engaña,
mas pesares que razones,
mas desdichas que palabras.
Escribid, que aqui os espero.

Dale el papel.

Jua. Haré, señor, lo que mandas

Vive Dios, que es el papel ap.
el guante de Doña Blanca,
que es la mayor industria
ue pudo ser inventada
ara conferir las letras!
o en balde el mundo te alaba,
óh rei, óh ingenio divino!
Pónese á escribir.
Si aqueste de amores anda
on Blanca, dirá la letra,
á sí mismo le traslada;
ue ha tan poco que me sirve,
son las formas tan varias
e las letras de papeles,
negocios que despachan,
ie aun no conozco la suya
ntre diferencias tantas.
. Ya, señor, le trasladé.
Mostrad: ¡ invencion estraña!
Como, Don Juan, la habeis hecho
n descompasada y larga?
. Aguardaba Vuestra Alteza,
fué la prisa la causa.
Probados quedan mis celos,
ie éste no diferenciara
letra, á no ser la suya
ta misma que traslada.
o direis, Don Juan, ahora
ie no soi amigo vuestro,
ies que toda el alma os muestro;
orque esta ingrata señora
ina en ella como yo
n Portugal. *Jua.* Vuestros pies
eso mil veces. *Rei.* El es: ap.
n no os quexais? *Jua.* Señor, no.
¿Quereis mas de mí?
. No fuera, señor,
iexarme razon.
Para mas confirmacion
mi amor, Don Juan, quisiera
saros hoi de mi mano
n la dama que servis.
. Celos, invicto Dionis,
han engañado en vano
alguno, que por ventura
ata de esta pretension.
Leonor os ama, y no son
s partes y su hermosura
para no estimarlas tanto.
Jua. Trato casarme, señor,
en Castilla, y que Leonor
os lo haya dicho me espanto.
Rei. ¿En Castilla vos? ¿Con quién?
Jua. Es del marques de Villena
sobrina la bella Elena,
que ya es mi Troya tambien;
y asi me dareis lugar
para poderos servir,
pues será justo escribir
que se dexe de tratar.
Rei. Idos con Dios. *Jua.* ¡O papel,
siempre terrible enemigo! *Vase.*
Rei. Mal me va con este amigo;
deshacerme quiero de él.
Sale Brito.
Bri. Buscando á Don Juan, mi dueño,
con el mismo Rei he dado.
¡ O imágen del mismo Dios!
¡Qué mucho qué turbes tanto!
Vuélvome á salir quedito,
como si fuera pisando
sobre cabezas de niños.
Rei. ¿Quién es?
Bri. Yo soi, que me ensayo
á andar sobre la maroma.
Rei. Vuelve, vuelve.
Bri. Paso á paso
voi, como saludador
por barras de fuego entrando.
Rei. ¿Qué hai de nuevo por la villa?
Bri. Esto mismo que en palacio:
todos escriben al guante;
pues tù (ingenio soberano)
tambien quieres competir
contigo mismo. *Rei.* Qué, ¿tantos
escriben? *Bri.* Toda Lisboa
de manera se ha enguantado,
que à ser guantes los sonetos,
cubrieran del sol los rayos.
Mas la misma diferencia
que hai en los guantes, hallamos
en los sonetos tambien;
mas todos son guantes blancos.
Rei. La sutileza te envidio,
aunque lo dixiste acaso:
pues guantes blancos, por ser

de Blanca, está bien pensado:
toma este diamante, Brito.
Bri. Beso tus reales manos:
¿ qué valdrá, señor? *Rei.* Ser mio.
Bri. Bien dicho, y asi le pago
con volverle á Vuestra Alteza.
Rei. Necedad y desacato.
Bri. ¿Porqué? *Rei.* Porque como rei
te he dado tres mil ducados,
y quieres tú hacer lo mismo,
siendo de Don Juan criado.
Bri. ¿Tres mil este gusanillo
del sol? ¿Este sol enano;
esta centella del sol;
este retal de sus rayos;
este ojuelo brillador
de castellana con manto;
epítome de la luz,
y pedacillo quebrado
del orinal de la luna,
este tres mil? ¡Malos años!
Mas los quisiera en veintenes,
que es como tener guardado
un familiar en redoma.
¿Y qué mayor desengaño
que ser en polvos veneno?
Oro, señor, oro santo,
que nunca pierde el valor;
porque es su valor tan claro,
que hasta para hablar con Dios
decimos siempre que oramos.
Mirra, incienso y oro á Dios
los tres reyes presentaron,
y no diamantes, con ser
de tierra en que nacen tantos.
Rei. Muestra, y darétele en oro.
Bri. Despues que me le hayas dado,
que es facil cosa olvidarte
entre negocios tan altos.
Rei. ¿Pues no te fias de un rei?
Bri. Diréte porqué lo hago:
que deteniendo el dinero,
puedo decir entretanto
una necedad, que sea
ocasion para no darlo.
Que los gustos de los reyes
para los sujetos baxos
son un cristal de Venecia:
harto os he dicho; miradlo.
Rei. Ahora bien: ¿qué harás del
Bri. En comprar libros le gasto.
Rei. ¿Libros? ¿Y si tienes hijos?
Bri. Si son hombres, enseñarlos
à que vayan á servitos
con las armat en la mano:
si mugeres, vos, señor,
(que sois cristiano Alexandro)
me dareis con que las case;
pues estudiante y soldado
os ha servido mi amor.
Rei. Ahora bien, Brito: volvam
à tratar de nuestro guante.
Bri. Digo, señor, que entre tant
hai como guantes, sonetos:
de ámbar los altos y claros,
de jazmines los floridos,
y de polvíllos los baxos.
Hai sonetos de gamuza,
mas que Mendozas, hurtados,
y bordados de Milan,
con los aforros de raso.
Hai sonetazos de lana
para pastores del campo,
y blancos, sin decir nada,
porque se quedan en blanco.
Hai tambien guantes de perro,
que muerden satirizando:
y de la Inglaterra en nueces,
porque son versos cifrados,
que llaman de revoltillo,
del vulgo excelente plato.
Hai sonetones de nutra,
con estupendos vocablos,
á quien llama la ironia
cultos, por mal cultivados.
Rei. ¿Y tú has escrito? *Bri.* Allá
mis catorce, que el Parnaso
para todos està abierto.
Rei. ¿Y quién juzgas que de tant
llevará el laurel? *Bri.* Señor
(tu ingenio à parte dexando)
el que tú favorecieres,
que ningun ingenio raro
lo fué sin favor del rei.
Mira á Virgilio, que estando
en vil pobreza le hizo

ivino el favor de Octavio.
. Llamame á Blanca.
. Ella viene.
Pues salte allá fuera. *Bri.* ¡Malo!
as palabras de los reyes
empestade llamo un sabio,
ue cuando se oyen los truenos,
a han hecho efecto los rayos.
Vase, y sale Doña Blanca.
. Turbada llego á tus pies. *Cae.*
Rei. Caiste, Blanca, en fin.
tu mano poderosa,
diré que mi caida fué dichosa.
Rei. Blanca, ya no soi parte,
aunque te dé la mano, á levantarte
con ser quien soi: tal fué tu desvario,
contrario al poder mio,
despues que supe que el papel del guante
fué de tu loco amante,
pues quien ya tu entendimiento goza
es Don Juan de Mendoza.
El parabien te doi del justo empieo:
pero si tu deseo
se paga (como entiendo) de lo escrito,
veràs que solicito
con él tu gusto, si verdad me dices.
Bla. Amante contradices
lo que rei me concedes generoso:
efectos de celoso
por saber la verdad, fingir olvido.
Rei. No soi celoso yo, soi ofendido.
Bla. ¿De quién, señor? *Rei.* ¿De quién? De tus desdenes.
Don Juan está escuchando. ¡Ah celos necios! *ap.*
¡Oh amor, juego de niños! ¿Que cubierto
de la antepuerta de la cuadra, incierto
de que le puedo ver, esté escuchando?
Quiero, disimulando,
irme, y dexarle entrar; porque escondido
tambien escuche de su amor mi olvido,
como el me escucha agora,
que amor con estos juegos enamora.
Ya se esconde, ya trueca los desvelos,
ya vuelve, y dice que es amor y es celos;
que todas sus celosas vanidades
deseos son de averiguar verdades. *Vase.*
Bla. El Rei se fué enojado.
¡Oh amor, todo temor, todo cuidado!
Ni sin ti, ni contigo

Rei. Por eso te doi las manos.
Bla. Perdone el guante tu Alteza.
Rei. Ya le tengo perdonado,
no lo que dentro venia.
Bla. Desgraciada en guantes ando:
todos caen en leones.
Rei. ¿Tan bravo soi?
Bla. Lo bizarro
llamo braveza, señor,
que en lo demas no eres bravo.
Bla. Si me levanta

puede vivir el mundo.

Sale Don Juan.

Jua. ¡Y yo testigo,
hermosa Blanca, de peligros tales!
¡Ai infeliz de mi; que à tantos males
me sujetó mi suerte,
que es el menor la perezosa muerte!
Oí cuanto ha pasado;
ya sabe que mi amor te da cuidado;
pues ¿cómo un poderoso
sufrirá competencia?
Paréceme forzoso
poner mi vida en manos de la ausencia.
El Africa me mate, y las ardientes
arenas de la Libia me sepulten,
ó en espumosas ondas las crecientes
del mar mi cuerpo oculten,
atravesado de pintada flecha
del alarbe desnudo.

Bla. El Rei, Don Juan, sospecha
tu amor, que del papel entender pudo;
mas no sabiendo el mio,
paréceme tu ausencia desvario,
que el Rei no sabe lo que yo te adoro.

El Rei detrás del paño.

Rei. Si lo estoi escuchando, no lo ignoro.

Jua. ¡Ai Blanca, que el poder enamorado
no ha de hallar imposible à su cuidado,
y mas de ti celoso.

Rei. ¿En qué soi poderoso,
pues no venzo al poder que me ha vencido?

Jua. Hoi, Blanca, te he perdido:
por lo ménos será imposible hablarte.

Bla. ¿Luego puede ser parte
el Rei ni el mundo? *Rei.* Declarose todo.

Bla. Pudiendo buscar modo
para hablarnos de noche con secreto.

Rei. Ni amor con vista, ni galan discreto:
pues cuando me escuchaba, y se encubria,
debiera prevenir que yo podia
estar oculto, y escucharle atento.

Jua. Blanca: si amor es todo entendimiento,
dime, ¿qué industria y arte
me le dará para que pueda hablarte?

Bla. Hai una puerta, que jamas abierta
ya no parece puerta,
cubierta de rosales y jazmines,
detrás de estos jardines.

Julia me ha dicho que el criado sabe
à quien pedir la llave.

Jua. ¿Querrála dar? *Bla.* Como eso puede el oro.

Rei. ¡Qué bien guarda el decoro
de un palacio real! ¡Qué baxo estilo!

Bla. De la noche en el filo,
cuando solo murmuren entre dientes
de perlas esta fuente,
mis cuidados celosos,
por Leonor fieros, y por tí dichosos,
y la celeste rueda
con ojos de diamante vernos pueda,
podrás venir, Don Juan, que cuidadosa
entre el jazmin y rosa
me hallaràs escondida para abrirte.
No es menester decirte
la honestidad con que has de estar conmigo,
siendo Julia testigo.

Jua. La palabra te doi de no enojarte.
¡Oh Cielos! ¿En qué parte
(que quiero tanto amor agradecellas)
tiene amor sus estrellas?
Zàfiro celestial suba amorosa
Vénus à tu campaña luminosa,
y haréte de mi alma sacrificio.

Rei. No quiero dar indicio
por donde estos presuman que los veo;
pues tan necios publican su deseo,
de que nadie los oye satisfechos:
que son los reyes hechos
del mismo sol, pues cuando mas se encubren,
por cualquiera lugar rayos descubren. *Vase.*

Bla. Vete, Don Juan, que juzgan los amantes
los años por instantes.

Jua. Iréme, hermosa Blanca, agradecido,
obligado, y rendido;
pues miran blandamente mis enojos
las dulces almas de tus bellos ojos:
mas no puedo, sino te vas primero.

Bla. Pues ya me voi, y donde digo espero. *Vase.*

Jua. Dichosa posesion, dulce esperanza,
si tanto bien alcanza.
Allà me aguarda entre las rosas, rosa:
sino mi Blanca hermosa,
cuando su nieve á tu belleza inclines,
aguàrdame, jazmin, entre jazmines.

Sale Brito.

Bri. ¿Estás ya mas bien templado?

Jua. Brito, haber visto el papel
el Rei, fué causa que de él

tuviese fin mi cuidado.
Esta noche.... *Bri.* Di adelante.
Jua. Blanca y yo por un jardin
habemos de hablar. *Bri.* Tu fin
buscas, temerario amante.
Mira lo que intentas: mira
que el Rei es mozo, y galan
de Blanca, y que le tendrán
sus celos siempre à la mira.
Y que te puede costar
la vida tan loca accion.
Jua. ¿Cuándo amor, de la razon
se ha dexado gobernar?
Ademas que no estaré
de suerte que no me pueda
defender cuando suceda.
Bri. ¿Pues como estarás? *Jua.* No sé.
Bri. ¡Ah señor: cuántas burladas
confianzas de improviso
àntes de ver el aviso
han sentido las espadas!
¿Pero, en fin, si te sintiesen,
qué piensas hacer de ti?
Jua. Darles por disculpa allì
la envidia que me tuviesen.
Bri. Hallò un marido ofendido
con su muger acostado
un galan, tan descuidado
como si fuera el marido.
Era el caso à mediodia,
y el galan con el temor
de la espada y del rigor
con que el marido venia,
sola la camisa puesta
salió à la calle corriendo,
y á la gente iba diciendo:
"Fuera que va sobre apuesta."
Desviàbase la gente,
hasta que el galan llegó
á su casa, en que ganó
la apuesta por diligente.
Tu, si el Rei se manifiesta,
la misma carrera arranca,
y di en camisa tan blanca,
fuera, que va sobre apuesta.
Jua. ¡Qué de necedades juntas!
Bri. Mayor es la que tu intentas.
Salen el Rei, D. Nuño, Doña Blan
Doña Leonor, Julia y acompañamien
Nuñ. Hoi el palacio, señor,
se transforma en academia.
Rei. Júntense los que han escrito,
y presida Blanca en ella
como la décima musa.
Siéntase el Rei, y ellas toman almoad
Bla. No lo mande Vuestra Alteza,
pues es el divino Apolo,
que este Parnaso gobierna.
Rei. Llegad, pues habeis escrito,
Don Juan. *Jua.* Yo, señor, quisie
que escusara mi ignorancia
vuestra celebrada ciencia.
Leon. Siempre, señor, fué costumb
de músicos y poetas
querer que todos les rueguen
lo que ellos mismos desean;
que Don Juan con mucho gusto
á Doña Blanca celebra.
Bla. Mejor su ingenio empleara
Don Juan, Leonor, en tus prendas
que á ser guante de tu mano
hiciera por excelencia
versos mas altos que el sol,
para que el laurel le dieras.
Rei. No haya mas Blanca y Leonor;
que esta competencia es nuestra,
y no en prosa, sino en verso.
Bri. No viene Leonor contenta
despues que al Rei respondiste
lo del marques de Villena.
Jua. Ya he conocido los celos.
Rei. Comenzad, Nuño. *Nuñ.* Quisiera
ser un Virgilio, ser vos.
Bri. Oye, que Nuño comienza.
Nuñ. Al signo de Leon de nueva estrella
quiso Blanca adornar, y fué bastante
dexar caer desde su cielo un guante;
la estrella no, que se quedó con ella.
Vistió su claro sol púrpura bella,
su mano mas cristal, y todo amante

para tanto laurel vistió diamante,
determinado de morir por ella.
Nube era el guante, que ocultaba en vano
la nieve que en las almas fuego llueve,
con que pensó templarse amor tirano.
Pero burlóse, cuando mas se atreve;
porque quitado el guante de la mano,
cayó la nube, y se quedó la nieve.

Está bien imaginado:
ga Don Juan. *Jua.* ¿Qué soberbia
de Faeton á vuestro sol
hará, señor, competencia?

Si fué descuido, mi cuidado siente
no haber en mi vuestro descuido hallado:
si fué cuidado, mucho habeis fiado
de mi descuido, cuando el vuesrro miente.
Mas cuidado ó descuido, el accidente
no halló mi pensamiento descuidado,
si os ofreció la vida mi cuidado,
que no hai dificultad que amor no intente.
Probar con vuestro guante corazones,
crueldad indigna fué de vuestros cielos,
ó de mayor imperio presunciones.
Y si quisiste dar á amor desvelos,
para probarle, no busques leones,
que mas dificil fué cayendo en celos.

No se puede mejorar.
Eso podrá Vuestra Alteza.
¿Podrá en tu real presencia
donado de poeta
arse de sí mismo?
Lo mismo te da licencia.

Bri. Oiga pues, y esos galanes
y damas estén atentas,
un manojito de versos,
que en verdad que no me quedan
otros tantos. *Rei.* Di, veamos.
Bri. Yo escribo en la propia lengua.

Cayóse un escarpin de la derecha
mano, que de la izquierda importa poco,
á la señora Blanca, y amor loco
á dos fidalgos disparó la flecha.
Eranse dos leones en la estrecha
cárcel, que ya lo fué de Africa el Zoco,
cuando á sus puertas, que temblando toco,
baxan los dos el dia de la fecha.
Dixo el amor, que fué el amor bastante
para probar amantes corazones,
estando el rei de Portugal delante.
Y yo digo que en tales ocasiones
oler al àmbar fino pudo el guante,
mas no de los fidalgos los calzones.

s como yo le esperaba.
ñor, cuando ya comienza
l á mostrar sus rayos
las orientales puertas,

todas las nubes se apartan:
salid vos. *Rei.* Saldré por fuerza,
pues habeis sido mi aurora,
ó seré pàxaro en ella,

que cante en vuestra alabanza.

Jua. ¡Vive Dios, que se requiebran!

Bri. Aqui podemos decir:
fuera, que va sobre apuesta.

Rei. Soberbio un guante, que se vió cordero,
porque cubrió feliz mano leona,
al sol se opuso, y de otro sol blasona,
que blanca aurora le mostró primero.
Cayó del cielo, y discurrió ligero
desde la blanca nieve que corona
al suelo estéril de la ardiente Zona,
entre leones para ser tan fiero.
Alzóle amor, porque pensaba amante
volverle á Blanca, y díxole la diosa
Vénus, no se lo vuelvas, ignorante;
No le cubras la mano poderosa;
pues mejor matarà, quitado el guante,
con cinco flechas de su mano hermosa.

Bla. ¿Es vuestro?

Bri. Todo lo ha dicho
en una palabra cierta.

Leo. Bien puedes darle el laurel.

Bla. Señor, mande Vuestra Alteza
que se me entreguen escritos,
para que despacio pueda
dar lugar á cada uno:
que muchas cosas que suenan
al oido con la gracia
que muchos las representan,
descubren despues mil faltas,
que escritas se consideran:
que entre leer y escuchar
hai notable diferencia,
que aunque son voces entrambas,
una es viva, y otra es muerta.

Rei. Es mui discreto juicio.

Levántase el Rei.

La noche nos hace señas
para suspender las liras:
id con Dios. Tu aqui te queda,
D. Juan. *Leon.* Necia has andado
haciendo á Su Alteza ofensa
sin premiarle por Don Juan.

Blan. Y tu en pensarlo mas ne

Vanse, quedando el Rei, Don Brito.

Rei. ¿Don Juan? *Jua.* Señor.

Rei. Triste quedo.

Jua. La causa es justa, pues f
razon que os premiara Blanc

Rei. Dexemos de hablar en el
y à las once estad aqui
con Brito, espada y rodela
porque he de hablar á una

Vase.

Jua. ¿Hai desdicha como est

Bri. Antes es dicha. *Jua.* ¿P
si me quita que no vea
á Blanca á la misma hora?

Bri. Por eso tu dicha es cier
pues te escusa del peligro.

Jua. Pluguiera á Dios que pe
mil vidas, como llegara,
Brito, solamente á verla.

Salen Don Nuño y Mendo, de noche.

Nuñ. Para ponerle el Rei por bizarria
à Don Juan de Mendoza, amigo Mendo,
en el puesto que yo tener solia,
mucho crece el favor, mucho me ofendo.

Men. Suele una dama, que un galan queria,
con otro á quien estaba aborreciendo,
casar forzada, y el desden vencido,
al que dexó galan, querer marido.

Asi tratado (aunque por fuerza fuese)
de Don Juan el valor, sucederia
que el Rei como te amó te aborreciese,
amando á quien primero aborrecia.
Nuñ. No es esto, Mendo, porque á mi me pese,
que no hai mas atrevida tirania,
que contra humanas y divinas leyes
hacer violencia al gusto de los reyes.
Pero porque he pensado que ha trocado
Don Juan el ser amante en ser tercero.
Men. Mal pensamiento de un fidalgo honrado.
Estás celoso, perdonarte quiero:
lo mejor de un poeta es lo borrado,
no lo mas limpio que pensó primero;
y asi ha venido á ser en tus desvelos
lo limpio amor, y lo borrado celos.
Habla con Blanca: escucha de su boca
el desden, ó el favor. *Nuñ.* No soi bastante:
temor detiene, cuanto amor provoca.
Mend. Pues Nuño; el que ha de ser dichoso amante
en cuatro cosas esenciales toca,
que ha de tener el buen representante;
y son, para salir con su porfia,
accion, memoria, lengua, y osadia.
Pendiente al hombro de la noche helada
sobre la tierra cuelga el manto obscuro,
y la luna de nubes rebozada
es centinela del celeste muro,
y yo no he visto, Nuño, desvelada
amanecer Aurora en cristal puro!
en esas rejas llega, mira y llama,
que á cobarde galan no hai tierna dama.
Nuñ. No fio de mi dicha buen suceso,
mas llegaré por ti. *Mend.* Llega, suspira.
Salen el Rei, Don Juan y Brito.
Rei. No te parezca la fineza exceso,
que el mas prudente con amor delira.
Jua. Cuando me prevenias, te confieso
que otra cosa pensé: llega, habla, mira,
que estimo en mucho haberme confiado
tu secreto, tu amor, y tu cuidado.
Mas ¿no podré saber quién es la dama?
Rei. Esa no es parte que al amigo toca,
por ser respeto de su honesta fama.
Mend. Galanes vienen. *Nuñ.* Blanca los provoca.
Bri. Un hombre pienso que à las rejas llama:
la musa Blanca por ventura invoca,
que ha hecho aqueste guante mas poetas

que el sol vapores, y la envidia tretas.

Jua Yo llego á saber quién es.
Rei. Eso para mi se guarda.
Jua. Conocerá á Vuestra Alteza.
Rei. ¿En qué, si ha de hablar la espada?
Nuñ. Este es el Rei. *Mend.* Y D. Juan.
Nuñ. Pues si él viene à ver á Blanca,
voime, porque den lugar
mis celos á su esperanza.
Vanse D. Nuño y Mendo.
Bri. El se fué, y anduvo bien,
que sino Brito le ensarta
como cuenta, y sin perdones.
Rei. ¿Eres valiente? *Bri.* O qué gracia,
llevando al Rei en el cuerpo.
Rei. Que huyeseel hombre me espanta,
no sabiendo que era yo.
Jua. Como el olor del leon basta
para que las fieras huyan
del monte por donde pasa,
asi dan tambien los reyes
con lo divino del àmbar
un respeto no entendido:
pero, señor, ¿como baxas
al muro de los jardines,
si por aqui no hai ventanas?
Rei. Aqui hai una puerta antigua,
que tienen siempre cerrada
los linteles de jazmines,
y de rosales las jambas.
Esta me ha de abrir, D. Juan,
á media noche esta dama:
¿serán las doce? *Jua.* ¡Ai cielos!
Rei. ¿Qué dices? *Jua.* Que serán dadas.
¡Y como si lo serán, *ap.*
pues que las dan en el alma!
Rei. Retirate alli, yo llamo.
Bri. Señor, á la puerta llama
el Rei. *Jua.* Calla, que estoi muerto.
Sale Julia.
Jul. Ya estaba desesperada
de aguardar entre esas fuentes
mi señora Doña Blanca.
Dixome que te escondiese,
señor, en estas retamas,
en tanto que con secreto
de Leonor se aseguraba.
Entra, y cerraré.
Rei. Bien puedes. *Entran los dos.*
Jua. ¿Entró? *Bri.* ¿Pues eso dudab
estando la puerta abierta?
Jua. ¡Cosa prodigiosa! *Bri.* ¡Extra
Jua. Blanca al Rei la puerta abrió
que para mi concertaba.
Bri. Una vez los atenienses
à Leoquintidas llamaban
para que viese un prodigio,
y era que un áspid estaba
todo revuelto à una llave
de un templo, y dixo en voz alt
Atenienses, el prodigio
fuera si la llave hallara
revuelta al áspid, que el àspid
naturalmente se enlaza.
Que el Rei entre, si le abrieron
y que se revuelva Blanca
entre sus brazos, no es cosa,
Don Juan, prodigiosa y rara,
sino cosa natural:
luego sin causa te espantas.
Jua. ¡Oh maldito historiador!
¡Vive el cielo, que te haga
con esta daga mas puerta
que Blanca al Rei, que me mata!
Pero solo te perdono,
porque al áspid la comparas:
estrellas, que veis obscura
á Blanca, dosel de plata,
que os concertais en la noche
á cubrir maldades tantas:
exhalaciones, huid;
baxad, fulgurantes llamas
de los montes de zafiros
à los valles de esmeraldas:
huye, intempestiva sombra
de los alientos del alba,
para que descubra el dia
los hurtos de mi esperanza.
Hacha de la noche, luna,
con la mas obscura capa
te emboza el rostro, pues dicen
que eres vergonzosa y casta.
Estoi por romper la puerta.
Bri. Detente, señor; no hagas
algun loco desatino,

de que el Rei tome venganza.
ua. Ateniense del infierno,
¿tú me estorbas? *Bri.* Sufre y calla,
que quien al poder se opone
su misma espada le mata.
No es valor ser temerario
un hombre, es necia arrogancia,
como los perros que viendo
la luna creciente ladran.
ta. ¿Y quieres tu que yo espere
hasta que le llame el alba,
pasando imaginaciones
de lo que con Blanca pasa?
Eso no. *Bri.* Dices mui bien;
y asi es mejor que te vayas,
aunque se quexe de ti;
pues no faltarà mañana
para tu ausencia disculpa.
ta. Vamos, si es que ménos dañan
las desdichas desde léjos,
como en la guerra las balas.
Pero como la memoria
siempre á la honra acompaña,
si hai agravio, poco importa
estar léjos del que agravia.
Blanca, á Dios; y diga el mundo
que fué lástima y desgracia
que una mancha haya caido
en una cosa tan blanca.

ACTO TERCERO.

Salen Julia y Blanca, bizarra, de noche.
Jul. Estará desesperado
en las retamas Don Juan.
Bla. No puedo mas, que me dan
celos de Leonor cuidado.
Que parece que ha sabido
(como si pudiera ser)
no viéndome recoger,
que está Don Juan escondido.
¿Has vuelto à verle despues
que le abriste? *Jul.* No señora.
Bla. No sé si es luna ó aurora
este resplandor que ves.
Jul. Lo que has esperado allá,
te hace parecer que es tarde.
Bla. Túvome Leonor cobarde,
mas ya recogida está.
¿Vengo bien en este trage?
Jul. La Primavera pareces
de este jardin que floreces.
Bla. Pues ya no temo que baxe
Leonor: ve, Julia, quedito,
y di que venga Don Juan,
que hasta las fuentes que estan
por este ameno distrito
pienso que estan murmurando
de mi. *Jul.* Voi. *Vase.*
Bla. ¡Oh amor, engaño
dulce del alma! ¡A qué extraño
error me vas despeñando!
Quien mas me puede culpar
(que es el Rei) á D. Juan quiere
tanto, como ya se infiere
de verle con él privar.
Luego si á entender viniese
este error, disculpa ha sido
querer lo que él ha querido.
Salen el Rei, embozado, y Julia.
Jul. Hasta que el secreto fuese
de este secreto fiador,
no ha osado Blanca baxar
al jardin, por no obligar
à que la viese Leonor.
Alli está junto á la fuente:
llegad: ¿de qué os recelais?
¿O que es la ninfa pensais
de su parlera corriente?
Que aunque es famosa escultura
de mármol, es cierta cosa
que es mas que la ninfa hermosa,
y no es para vos tan dura.
Bla. Bien venga el esposo mio;
bien venga el mejor Mendoza
de España; el galan que goza
mejor talle y mejor brio.
De muchas soi murmurada
por vos, Mendoza galan,
mas yo sé que no diràn
que vivo mal empleada.
Que en esta eleccion dichosa
quise mas ser (y fué justo)
de todas por mi buen gusto
envidiada, que envidiosa.

¿ Como no hablais ? ¿ Por ventura
el tardarme os ha enojado ?
Aun no os pensaba embozado,
como hace la noche obscura.
Que sois mi bien es mui cierto;
pues es cosa natural
venir descubierto el mal,
y siempre el bien encubierto.
¿O aguardais á que yo sea
sumiller de la cortina
de vuestro rostro? *Rei.* La indigna
mano deten: no vea
por ella tu ciego error,
sino por la airada mia. *Descúbrese.*
Bla. ¡Jesus! *Rei.* De tu alevosia
tomó venganza mi amor.
Jul. ¡Ai, señora, que es Su Alteza!
Bla. Señor, ¿Vuestra Alteza aqui?
¿Por donde entró? *Jul.* Yo le abri.
Bla. De mi turbada flaqueza,
desmayado corazon,
y débil fuerza no puedo
sacar mas voz, que del miedo
una breve exhalacion
al sol de su gran poder,
injustamente ofendido;
muger soi, muger he sido,
fué propia accion de muger.
Rei. No fué la ofensa el error
de querer un hombre asi,
solo el despreciarme à mi,
siente, Blanca, mi valor:
porque teniéndote amor,
ninguna muger hubiera
que mas à Don Juan quisiera,
que me estimo yo por mi
sin ser él, ser lo que fui,
cuando lo que soi no fuera.
Por lo que yo me preciaba,
el despreciarme sentia,
porque para mi tenía
que sin ser quien soi bastaba.
Galan, y no Rei, te amaba:
pues que sobre Rei me dan
de bizarro y de galan
título; ¿ porqué razon
fueron, Blanca, tu eleccion
los méritos de Don Juan ?
Dirás tu que un baxo espino
con silvestre fruto y flores,
tiene méritos mayores
que un alto laurel divino;
y es bárbaro desatino
pensar que no hai fruto en él,
que este mi real laurel
eclipsar, Blanca, pudieras,
si entre mi sol te opusieras
y la luna de Isabel.
La corona soberana
de un rei á un niño pusieron
y una manzana, y se fueron
sus manos á la manzana.
Naturaleza liviana
y niña al fin heredaste,
y como muger erraste
la eleccion de tu persona;
pues dexaste la corona,
y la manzana tomaste.
Siguiendo engañada vas
pasos de tu honor agenos,
que ser rei en mi es lo ménos,
siendo en el mundo lo mas:
sin esto culpada estás
en tan grande atrevimiento;
mas no tengo sentimiento
(aunque á tanto extremo pasa)
del agravio de mi casa,
que solo el del alma siento.
Bla. Señor, si atencion me dais,
y culpada la merezco,
por ventura quedareis
de mi agravio satisfecho.
Vos sois, invicto Dionis,
el mas galan caballero
de Portugal, sin ser rei,
y de mas merecimientos.
Gallardo à pie, y á caballo,
mas cuerdo que lisonjero,
os llama bizarro el vulgo,
que no porque sois su dueño.
Vuestras liberales manos
hoi à vuestros pies han puesto
los Césares y Alexandros,
uno romano, otro griego.
Sois valiente con los moros,
y á lanzadas habeis muerto

leones en Ceuta, y sois
tan animoso y tan diestro,
que habeis con la espada blanca
hecho (el ser rei encubriendo)
huir algunos fidalgos,
que dicen que os conocieron,
para ocultar lo cobarde:
danzais, cantais y haceis versos,
y todo con tal primor,
que a ser vuestro nacimiento
humilde, fuérades rei
de galanes y de ingenios.
Y por vuestra vida misma,
sin obligacion del miedo,
que siempre me parecistes
mejor que Don Juan: mas viendo
que soi rei y soi vasalla,
aparto mi pensamiento
de esta locura, juzgando
que amaros, y no quereros,
era mejor, y emprender
por mi honor mi casamiento.
Confesada esta verdad,
vereis que no os tuve en ménos,
sino que mi honor ha sido
para con vos mal tercero.
Que muchas cosas que el gusto
tierno apetece, soberbio
las desbarata el honor,
que uno es mozo, y otro es viejo.
Y es cosa injusta, señor,
con tal padre y tales deudos,
que se pierda en vuestros brazos,
y que mañana viniendo
vuestra esposa de Aragon,
queden afrentados ellos,
y yo sin honra y sin vos:
mirad, pues, prudente y cuerdo,
si fuera buena eleccion
ganaros, para perderos.
Pero pues fué mi desdicha
que la puerta os haya abierto
por engaño esta criada,
y no puede haber remedio
contra la noche y la fuerza
de un poderoso deseo
(pues decir aqui del rei,
es acercaros al pecho)
pague mi honor mi locura,
y vengue un yerro á otro yerro;
que hacer para desdichados
muerte, fué piedad del Cielo. *Llora.*

Rei. ¡Oh lágrimas de muger,
pólvora sorda sin truenos,
artilleria con agua,
que no con balas de fuego!
En fin, Blanca, ¿mas galan
que el Mendoza te parezco,
sin lo de rei? *Bla.* Si señor.

Rei. ¿Que soi mejor caballero
en todas acciones yo?

Bla. Si señor. *Rei.* ¿Y que si quiero
puedo á mi fuerza rendirte?

Bla. Si señor. *Rei.* Pues si yo excedo
en todo al galan Mendoza,
¿qué vencimiento, qué reino,
como ser rei de mí mismo?
Blanca, á Dios; á Dios, deseos;
Blanca se da por vencida,
y yo me doi por contento. *Vase.*

Blan. ¿Hai tan grande bizarria?

Jul. No ha salido por la puerta.

Bla. Arriba sube. *Jul.* Si abierta
estará la galeria?

Bla. No importa, que él tiene llave.

Sale Doña Leonor.

Jul. Gente viene. *Bla.* ¡Qué temor!

Leo. No temais.

Bla. ¿Quién es? *Leo.* Leonor.

Bla. Parezco en las ondas náve
del mar de mi pensamiento,
y tú el viento que la impeles.

Leo. Ya, Blanca, no te receles
de las ondas, ni del viento.
Tan segura es bien que vaya
llena de esperanzas tuyas,
que ya las áncoras suyas
muerden la arena á la playa.
De verte inquieta, lo estube,
baxé al jardin, que no hai lei
en celos, y vi que el Rei
de hablarte á su cuarto sube.
Desde la escalera vi
contigo un hombre, y pensé
que era Don Juan. *Bla.* El Rei fué.

Leo. Puesto que al Rei conocí,

¿ quién es ? le dixe turbada ;
y él despegando la voz
al pecho, pasó veloz
como en siesta sosegada
manso viento por jardines,
que las alas transparentes
viste entre cuadros y fuentes
del ámbar de los jazmines.
De que tan contenta estoi,
por asegurar mis celos,
que à ti, al amor, á los cielos
gracias y alabanzas doi.
Quiero ser de aqui adelante
tu amiga, con tal verdad,
que junte nuestra amistad
lazo de eterno diamante.
Prosiga, pues, la bonanza
de un desengaño tan cierto,
mi navegacion al puerto
del cabo de mi esperanza.
Llamaré á Don Juan, si en ti
alguna tuvo algun dia,
diciéndole, Blanca mia,
que con Su Alteza te vi.
Con que el quererme, y llamarme
suya, por tan cierto tengo,
que à darme contigo vengo
el parabien de casarme.
¿En qué estàs tan divertida ?
Bla. Cuando del clima oriental,
á vista de Portugal,
nave se vió sumergida,
y aligerando la hacienda,
la hambrienta boca le tapa
al mar con ella, y escapa
la vida sola por prenda
el mercader, y sentado
en algun peñasco solo,
enjuga al rayo de Apolo
la ropa que le ha quedado,
como páxaro la pluma,
y la sepultura advierte
que le labraba la muerte
entre màrmoles de espuma,
dice (y alegre contrasta
la codicia aunque le ofenda):
Allà quedarás, hacienda;
que á mi la vida me basta.
Y asi yo digo al amor,
pues libre del Rei me veo:
Allá quedarás, deseo;
que á mi me basta el honor.
Vase con Julia.
Leo. Espera. *Bla.* No hai que esper
Leo. ¿Que quiso Blanca decir ?
Mas ya de verme reir
el alba quiere llorar.
Troquemos las dos aqui
efectos. pues algun dia
á estas horas se reia
de verme llorar á mi.
Flores, sus lágrimas bellas
recibid, pues os avisa
que de envidia de mi risa
os quiere esmaltar con ellas.
De vuestros ojos los velos
cubrid de aljófares, flores;
que no es bien vestir colores
despues de muertos mis celos.
Sirvan las perlas de luto,
que viendo con Blanca al Rei,
mi esperanza á toda lei
ya no es flor, que toda es fruto
Ya es mio Don Juan; ya vi
desengañada mi fe;
quise bien, sufri, esperé;
victoria, flores; venci. *Vase*
Salen D. Juan y Brito.
Jua. ¿De qué sirve consolarme ?
Déxame, Brito: ¿qué quieres?
Bri. Advierte.... *Jua.* Qué necio e
pues no me dexas matarme.
Bri. Señor, si vieras mudar
los polos, exes del cielo,
venir su máquina al suelo,
ó cubrir la tierra el mar;
si vieras pasar un monte
desde Portugal á Roma,
ó que sobre una maroma
danzaba un rinoceronte;
si vieras merecimientos
premiados, y la virtud
sin envidia, y en quietud
inmortal los elementos;
si vieras que se alcanzó
sin favor dichoso estado;

vieras hombre estimado
e la patria en que nació
porque tampoco los honra,
xemplo la tuya y mia,
ue dixo Dios que no habia
rofeta en ella con honra);
iera justa admiracion:
ias que la tengas de ver
ue se mude una muger
or natural condicion,
s cosa para admirar.
i. ¿Como no, siendo discreta?
. Viendo poner la veleta
una torre de un lugar
n sabio, que estaba atento,
a causa les preguntó,
el maestro respondió,
ara conocer el viento:
él dixo: ya que en la torre
eleta habeis menester,
on poner una muger
abreis el viento que corre.
z. Conozco, Brito, mi engaño:
ero ¿en tanta obligacion
e nobleza y discrecion,
uién vió tan vil desengaño?
No es ángel, Blanca? *Bri.* Si es.
a. ¿Pues como al viento la igualas?
. Nunca le vi yo las alas,
muchas veces los pies.
Pero, señor, si en el cielo
in ángel que Dios crió,
an ingrato le salió,
que dió con él en el suelo,
que era un espíritu alado,
o ha hecho contigo exceso
in àngel de carne y hueso,
con moño y con verdugado.
Trata de vengarte de ella,
y no seas necio, señor,
pues que te adora Leonor,
ó ménos discreta y bella:
que si toda enfermedad
con los contrarios se cura,
amor no, que es mas segura
voluntad con voluntad.
Si allí el frio con calor,
y al calor le cura el frio,
aqui (y la experiencia fio)
se cura amor con amor.
Que ¡vive Dios! que el dexar
caer el guante fué enredo
para conocerte el miedo,
y que te quiso probar.
Jua. ¿Esta no es Leonor?
Bri. La misma;
porque en viéndote, señor,
no hai pàxaro que del nido
salga mas alegre al sol.

Sale Doña Leonor.

Leo. ¿Tan de mañana en palacio,
galan Mendoza? *Jua.* Y si vos
sois mi sol, y habeis salido,
no es mucho que salga yo.
Leo. Si yo lo fuera, por veros
fuera la noche menor,
anticipando la luz,
y al tiempo el curso veloz,
aunque se agraviara el Rei,
que con Blanca la pasó
en el jardin sin testigos.
Jua. No le envidiara mi amor,
si yo con vos la pasara.
Leo. No lo creo. *Jua.* ¿Porqué no?
Leo. Porque teneis en Castilla
empeñado el corazon,
donde vi llena vuestra alma
de esperanza y de favor.
Jua. Que no hai Villena, señora:
que todo ha sido invencion,
nacida de un necio engaño.
Vos sois mi verdad, vos sois
mi pensamiento y el alma,
de mis sentidos y accion,
desde aquel guante que necia
Blanca en la leonera echó,
para aventurar mi vida.

Doña Blanca al paño.

Bla. ¡Qué buena conversacion!
Bri. Pégale ahora de tajo,
Don Juan, que del corredor
baxó Blanca, y os escucha;
que en agravios sin razon
un cintarazo de celos
es la receta mejor.
Bla. ¡Extrañas son mis desdichas!

¿ A qué muger sucedió
que esperando lo que amaba
con secreto y sin temor,
se hallase casi en los brazos
lo que nunca imaginó,
y viese en otros su gusto ?
¡Qué desprecio, qué traicion!

Leon. En efecto, al Rei diré
que sois mio. *Jua.* Vuestro soi.

Bri. Pégala, que está perdida.

Leo. ¿Y no sois de Blanca? *Jua.* No.

Bla. ¡No, dixo! Bien lo merece
mi desdicha, que no yo.
¿ No sois de Blanca, Mendoza,
y sois de Leonor ? ¡Oh Dios !
Si esto una muger dixera,
¿ qué dixeran de su honor ?
Siempre se quexan los hombres,
y ellos los traidores son.
Finalmente de casarse
estàn tratando los dos:
¿ qué prueba de sufrimiento
vieron los cielos mayor ?

Sale. Leonor, la infanta te llama.

Leon. ¿Mui aprisa ? *Bla.* Mucho.

Leo. A Dios, galardo Mendoza. *Vase.*

Jua. A Dios, hermosa Leonor.

Bla. ¿ Hermosa Leonor, Don Juan ?

Jua. Siempre á mí me lo parece.

Bla. ¡Qué bien tu infamia merece
los favores que te dan !
¡Qué buen amante y galan !
¿ Cuándo se vió caballero,
que de galan á tercero
pasase tan baxamente,
pues nunca el mas insolente
llegó mas que à lisonjero ?
¿ Para decir á Su Alteza
por donde habia de entrar,
lo vienes á consultar
conmigo, con tal baxeza ?
¡Qué buen aire de nobleza !
¡Qué ñdalgo tan galante !
Que quiso quitar un guante
á dos leones por fama,
y ahora pone à su dama
en los brazos de otro amante.
Esta si que es valentia;
porque, á fe, que es menester
para dar una muger
gran valor, grande osadia:
del leon no se diria
à lo ménos tal resabio,
injuria de hombre tan sabio,
pues aunque animal le abona
despedazar la leona
con el olor del agravio.
Engañoso el cazador,
pone la liga en el ramo,
y no léjos el reclamo
del paxarillo cantor:
asi fué Don Juan tu amor,
que junto al jardin cantaba,
donde el Rei la liga armaba,
cuando inocente le abriese,
para que mi amor cayese,
que por el aire volaba.
Mas no lo sufriendo el cielo,
á quien la inocencia obliga,
el páxaro, ramo, y liga
juntos vinieron al suelo:
agora tu falso celo,
mui vano de su favor,
vuelve á la hermosa Leonor,
que es el leon de aquel guante,
cobarde, como arrogante,
é infame, como traidor.

Jua. Paso, Blanca, que no he sido
cobarde, traidor, ni infame,
ni dixe lo del jardin
al Rei, que tú loca y facil
hiciste que me traxese
consigo para guardarle,
porque viéndole contigo
pudiese desengañarme.
El me traxo hasta la puerta,
tu le abriste, y me obligaste
á que hiciera un desatino
à no estar Brito delante,
que á quien no matan afrenras,
no hai espada que le mate.
Y por no pasar de aqui....

Bla. Pues no poses adelante;
que si te viese, Don Juan,
llorar siglos inmortales
la quinta esencia del alma,

o dudes que las llamase
grimas de cocodrilo.
si te viese en dos partes
ividir el pecho, y viese
e tu corazon mudable
s pensamientos escritos,
ra imposible obligarme
crer que no dixiste
tu Rei, fidalgo infame,
ue viniese por la puerta
el jardin para forzarme;
que no se executó,
orque en fin defensas tales
stán á cargo del Cielo,
el Cielo supo librarme.
orque el testigo mayor
e toda excepcion no trae
énos prueba que los ojos,
ira si es prueba bastante.
on ella te vi tratar,
aidor Don Juan, de casarte,
amarla hermosa Leonor,
en el Leonor regalarte:
ue cuando la voz del nombre
e detiene en los finales,
ando en el alma los ecos,
derriten los amantes.
loi pido licencia al Rei;
asa téngo, y tengo padre;
Nuño de Andrada me quiere,
on Nuño quiero casarme.
Este sé que es que es hombre firme,
o lisonjero cobarde;
o sirve al Rei con su dama,
ino con oficios graves.
oime, aprendiendo de ti,
iendo firme, à ser mudable,
iendo prudente, á ser loca,
iendo cera, á ser diamante,
iendo humilde, a ser sobervia,
iendo imposible, á ser fàcil,
iendo tuya, á ser agena,
finalmente inconstante;
er hoi Andrada, si ayer
ai Mendoza por amarte.
Ni me mires, ni me nombres,
ue solo para matarte
uisiera ser basilisco,
pero no para mirarte.

Jua. Señora.... *Bri.* Señora....

Bla. Fuera. *Vase.*

Jua. ¡Qué furia!

Bri. Sin arrojarme,
imita con los corderos
los piadosos elefantes,
que al pasar, por no pisarlos,
rodean por otra parte.

Jua. ¡Vive Dios, que he sospechado
que está inocente!

Bri. Bien haces.

Jua. Milagro fué detenerme
en satisfaciones tales,
de no abrazarla mil veces.

Bri. ¡Qué presto! ¡Ah necios amantes!
Fué à la India con anteojos
un corto de vista, fraile:
viole un cacique de paz,
y como le preguntase
á un criado que era aquello,
le dixo: Es señal que traen
los Grandes de Portugal;
y él para ser de los grandes,
unos le compró en mil pesos:
pero viendo ménos que ántes,
le rogó que otros le diese,
aunque mucho mas costasen;
y unos le vendiò sin lunas,
y quitados los cristales,
con los cercos solamente.
Miraba por todas partes
diciendo: Con estos veo;
sin reparar ignorante
que veia sin los antojos,
con los ojos naturales.
Tu, señor, indio de amor,
los antojos le compraste
de los celos, con que ciego
viste sombras por verdades:
y agora que las dos lunas
Blanca ha venido á quitarte,
lo que ves con propios ojos
quieres que anteojos se llame.
Por mi, compra con tu honor
tu agravio. *Jua.* ¿Piensas que cae
esta afrenta en algun loco?
Pues escúchame. *Bri.* El Rei sale.

Sale el Rei.

Rei. Qué bueno sois para guardar un puesto,
Mendoza amigo; pues sali al instante
para buscaros, y érades traspuesto.
¿Mas que un amigo rei os debe un guante?

Jua. Llegó con gente algun traidor, dispuesto
para matarme, señor, tan arrogante,
que fué forzoso, por no ser oido,
retirarme de vos, sin ser vencido.
Volvi despues, y os esperé animoso
hasta que vino à matizar la Aurora
con pie de nieve y paso presuroso
el campo de los cielos y el de Flora.

Rei. ¿Yo no os dixe, Don Juan, que era forzoso
seguir al valimiento la traidora
envidia, y que á quien yo mas bien queria
mas léjos de mis cosas le tenia?

Jua. Señor, por fuerza soi vuestro valido:
con tanta claridad, si nos quexamos
de disfavor ó agravio recibido,
los portugueses con el Rei hablamos.
¿Pero cómo, señor, favorecido
de la noche, entre fuentes, flores, ramos,
dexastes esa dama, que tan presto
salistes á buscarme al mismo puesto?

Rei. Porque (para deciros como amigo,
Mendoza, la verdad) este concierto
hizo con quien amaba, y no conmigo,
y asi fué todo mi suceso incierto:
turbóse en viendo que quién soi le digo;
mas conociendo ya su desconcierto
tales cosas me dixo, que podia
vencer, como su amor, su cortesía.
Yo entonces por ganar la eterna fama
que tan alta virtud me prometia,
cual páxaro veloz de rama en rama,
ántes de amanecer buscaba el dia:
húyole el rostro, aunque el amor me llama,
que el deleite delante me ponia,
y como tiene el alma luces puras,
topé con la virtud andando á obscuras.
Travaron el valor y el apetito
guerra campal al pie de unos laureles,
cuando ser Alexandro solicito,
y dar materia á plumas y pinceles:
ya pues que la licencia le permito,
con tales azucenas y claveles
me la pintaba amor, que en ciego abismo

topaba con la sombra de mi mismo.
Asi las ondas de la mar rompidas
en la arenosa playa dilatadas,
vuelven atras, y de otras recibidas
tornan á la ribera acrecentadas;
ya estaban en sus brazos repetidas
las ansias de mi pecho enamoradas,
que ya volviendo atras se deshacian,
pues miéntras mas llegaban mas volvian.
Al fin yo me vencí, é hice, Mendoza,
lo que en España Scipion, dexando
libre la dama, que el honor que goza
con lágrimas estaba celebrando:
la luna, que en su cándida carroza
mi casta accion estaba contemplando,
apriesa retiró su lumbre pura,
porque no me incitase su hermosura.

ra. Ha sido tan gran victoria,
lusitano Scipion,
que obscureceis su blason,
y de Alexandro la gloria:
pero referir la historia,
y callar el apellido
de la dama, agravio ha sido
de la merced que me haceis.
i. Vos, Mendoza, lo sabreis,
que yo le he puesto en olvido.
a. Si es quien yo pienso, y supiera
el vuestro mi loco amor,
bien cierto estareis, señor,
que con vos no compitiera:
mas yo la diré que os quiera,
si vos quereis.
i. No, Don Juan:
bien empleadas están
las gracias de Blanca en vos.
a. Ya no puede ser por Dios.
i. ¿Pues qué recelos os dan?
a. ¿No son mui justos recelos
concertar que en el jardin
la viese, y ser vos en fin
dueño de tan altos celos?
i. Eso no os cause desvelos,
que pues yo pude atreverme
qué que os escuché sin verme;
pero no pude vengarme,
que supo Blanca obligarme,
y yo, Mendoza, vencerme.
Volved à hablarla. *Jua.* Señor,
ya no puede ser. *Rei.* ¿Porqué?
Jua. Porque ahora poco la hablé
con mas libertad que amor,
sino es que vuestro favor
la desempeñe primero.
Rei. Mirad que sois caballero:
volved, Don Juan, por mi fama:
basta dexaros la dama,
no me hagais vuestro tercero.
Jua. Eso que hicisteis por vos
en vuestra gloria resulta;
lo que mi amor os consulta,
eso nos toca á los dos.
Rei. Yo la hablaré; mas por Dios,
que aunque sean los rigores
de Blanca buenos fiadores,
que no es discreto primor
hacer al competidor
tercero de los amores.
Jua. La fianza, gran señor,
en vuestro valor está,
si de Blanca visteis ya
las lágrimas y el honor:
y sereis vos con mi amor
(con honra de los pinceles)
Alexandro con Apeles,
y Blanca será Campaspe,
ocupando bronce y jaspe
vuestros divinos laureles.
Vase.

Sale Blanca.

Bla. Aunque con algun temor,
pero no sin confianza,
mas que en mi propia esperanza
en vuestro invicto valor,
os vengo á pedir, señor,
una merced. *Rei.* No habrá cosa
a mi amor dificultosa,
ni pienso que á mi poder,
como no llegase á ser
imposible, Blanca hermosa.
Que no creo que presumas
pedir estrellas del cielo,
ni el fenix, única al suelo,
que nace y muere en sus plumas:
mas si innumerables sumas
de oro y diamantes pidieres,
haz cuenta que dueña eres
de cuantas engendra el sol,
porque es blason español
saber honrar las mugeres.
¿Qué quieres, Blanca? *Bla.* Licencia
para volverme á mi casa,
que mi viejo padre pasa
con mucha pena mi ausencia.
Rei. ¿Es temor de mi presencia?
Bla. ¿Como puede ser temor,
habiendo visto, señor,
que sois de vos mismo rei,
que es la mas obscura lei
de las que tiene el valor?
Rei. ¿Qué causa, Blanca, te obliga
á hacer tan nueva mudanza?
Bla. Mudar, señor, de esperanza;
pues esto basta que os diga.
Rei. ¿Son celos de alguna amiga?
Bla. No señor, que son agravios.
Rei. Con ellos hai pocos sabios:
perdiste, Blanca, el temor,
que calenturas de amor
presto salen à los labios.
Ahora bien; licencia doi,
porque negarte no es justo
cosa que sea tu gusto.
Bla. Si no lo juras, estoi
dudosa. *Rei.* A fe de quien soi.
Bla. Basta, tu palabra es
infalible. *Rei.* Parte pues
à disponer tu partida;
mas vénme á ver por tu vida
primero. *Bla.* Beso tus pies. *Va*

Sale Nuño.

Nuñ. Ya, señor, está dispuesta
de la manera que mandas
la partida de Aragon.
Rei. Conozco, Nuño de Andrada,
el amor con que servis;
y pues es tiempo que vayan
á Aragon por Isabel,
vos sereis de esta jornada
el dueño, como es razon:
mirad si quereis que os haga
alguna merced primero.
Nuñ. La mayor de mi esperanza,
y mas facil para vos.
Rei. ¿Como?
Nuñ. Que me deis á Blanca,
con que me doi por pagado
de cuanto en consejos y armas
à mis mayores debeis.
Rei. Agora, Don Nuño, acaba
de pedirme que le diese
licencia de irse á su casa:
de forma, que ya no corre
por cuenta mia el casarla,
sino de su padre, á quien
si la pedis, cosa es clara,
que se ha de honrar de teneros
por yerno.
Nuñ. Yo voi á hablarla.
Rei. Y yo tambien la hablaré,
ántes que Blanca se parta.
Vase Nuño, y sale Doña Leonor.
Leo. Fuese Nuño: solo està.
Aunque la lêngua embaraza
el tratar una muger
cosas que terceros tratan,
vengo, señor, á pediros
favorezcais una causa
piadosa. *Rei.* ¿Como, Leonor?
Que tengo mui obligada
la mia á vuestra persona.
Leo. Don Juan de Mendoza aguard
solo que le deis licencia,
y que os la pida me manda,
para casarnos los dos.

¡Don Juan! Mira que te engañas.
No me engaño, señor, ni yo,
ando no me lo mandara,
era tan loca en querer
icitar una gracia,
e fuera tenerme en poco.
Pues, Leonor, luego le llama,
e si él dice que te quiere,
a y mil veces te casa.
Beso tus pies: por él voi. *Vase.*
¿Qué invenciones, qué mudanzas
n estas? Basta que hoi
i el que casa y descasa.

Sale Brito.

Aqui está Su Alteza.
¿Es Brito?
Si señor.
Tú solo faltas:
vienes à casarte, acaso?
Cuando tu me aseguraras
s cosas, pudiera ser,
rque son mui necesarias.
¿Y son? *Bri.* Que yo fuera sordo,
e es de notable importancia,
mi muger fuera muda.
Pues son fáciles entrambas;
no queriéndola oir,
ella viendo que se cansa.
Tengo un vecino, señor,
e es atambor de tu guardia,
en hablando su muger
ca á rebato la caxa.
ro como viese un dia
ie la caxa no bastaba,
zola con los palotes
xa, y calló tres semanas.
Ahora bien: ¿à qué venias?
A una cosa bien extraña:
l anillo que me diste
cen que la piedra es falsa.
¿Tiénesla ahí?
Si señor. *Rei.* Muestra,
mi no es de importancia
ie sea falsa, ó sea fina,
ie estar en mi mano basta.
¿Luego te quedas con ella?
Si, necio, porque te engañan y
oi te darán el dinero.
Bri. Yo le tomaré mañana.

Sale Don Juan.

Jua. Para trocar los sucesos
el amor á la esperanza,
siempre en venturas comienza,
y en desventuras acaba.
¡Qué bien me favoreciste,
gran señor, con Doña Blanca;
pues que le has dado licencia
para volverse á su casa!
Ella, y su padre Don Pedro
de Ataide solo aguardan
besar tu mano, y partirse.
Don Nuño los acompaña,
que es tu privado de veras;
que á mi, como me tratabas
de burlas porque él la goce,
quisiste burlarme el alma.
Rei. ¿Adonde estan?
Jua. Juntos vienen
quien me estima, y quien me agravia.

Salen Don Pedro de Ataide, Don Nuño, Doña Blanca, Doña Leonor y criados.

Ped. No por mercedes, señor,
del servicio de la Infanta,
sino á besarte la mano
viene Blanca, y de mis canas
fia su remedio ya.
Rei. Don Pedro, de que se vaya
Blanca no es la culpa mia.
Ped. Ya, señor, Nuño de Andrada
me la pide: dad licencia,
que con él quiero casarla.
Rei. No es justo que de palacio
sin premio, Don Pedro, salgas.
Luego que faltó la órden
de los Templarios á España
la de Cristo instituí,
para suplir tan gran falta,
de que os hago Gran-Maestre.
Y por cumplir la palabra
que he dado á Blanca (y es justo)
de que se vaya á su casa,
y la de toda muger
la del marido se llama,
dadle la mano, Don Juan,
y á vuestra casa llevadla;

pues que vos sois su marido.
Con que sale mi palabra
de su empeño, pues la di
de que se fuese á su casa.

Leo. ¿Y la que me diste à mi?

Rei. Fué si Don Juan confirmaba
lo que me dixiste. *Jua.* Yo
no pude partir el alma,
como Leonor merecia.

Leo. Y està mui bien empleada.

Bla. Favor es, Leonor discreta.

Leo. En faltando la esperanza,
celos se vuelven favores.

Rei. Leonor con Don Nuño parta
por mi Isabel á Aragon.

Leo. ¡Yo, señor! ¿cómo? *Rei.* Casada.

Nuñ. Yo lo tengo á gran merced

Bri. ¿Y Brito nació en las malv
Pero no quiero muger
de tu mano.

Rei. ¿Porqué causa?

Bri. Porque pienso que has de d
piedras y mugeres falsas:
dáme otra cosa, señor.

Rei. Aqui la comedia acaba.

Bri. ¿Sin darme nada?

Rei. Pide perdon al Senado.

Bri. Eso basta.

Bla. Y yo en limosna por él
á caballeros y damas,
tomando para pedirle
EL GUANTE DE DOÑA BLANCA.

F I N.

CÁDIZ: AÑO DE 1811.

En la imprenta de Don Antonio de Murguia, plazuela del C
reo, donde se hallará, como tambien un gran surtido de
comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y
unipersonales.

POLIZA N. 14·354